

MÓNICA RÍOS

EL FANTASMA



MÓNICA RÍOS nació en Santiago de Chile en 1978. Ha publicado las novelas *Segundos* (Sangría, 2010), *Alias el Rocío* (Lanzallamas, 2014) y *Alias el Rucio* (Sangría, 2015), además de la nouvelle en inglés *Maybe Someone Was Feeding Her* (Tunnel Books, 2016) y *El fantasma*, en nuestra serie Instantánea Relación (2016).

También ha publicado ensayos en *De la agresión a las palabras* (2008), *El cine de mujeres en postdictadura* (2010), *Lugares periféricos* (2010) y *Salón de anomalías* (2013). Cuentos suyos han sido recogidos en diversas antologías y revistas, en castellano y traducidos.

INSTANTÁNEA RELACIÓN, 4

© Mónica Ríos Vásquez

© Derechos reservados para esta edición:

2016, SANGRÍA EDITORA

Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile

www.sangriaeditora.com

sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé y Martín Centeno.

Diagramó el libro Carlos Labbé.

El diseño de colección fue realizado por Sangría Editora.

Edición digital de enero de 2016.

Permitimos la reproducción de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico.

La última vez que me lo encontré estaba sentado en un sillón, en una de aquellas cafeterías de cadena dentro de un centro comercial. A esa hora de la mañana solo los empleados paseaban por las cerámicas que una mujer había lustrado desde las 5:45 a.m. con una máquina o un tractor. Yo entré quince minutos después de la hora de apertura y él ya estaba ahí, como un fantasma, sentado frente a la única mesa del local. Dejé caer los billetes entre bolsas llenas de cables recién comprados. De reojo él había visto cómo adquirían ese vago olor a cloro y mopa sucia. Al darme vuelta con mi vasito de café, él tenía la vista hundida en uno de los libros de la torre ordenada en una esquina de la mesa. Era algo de Freud o, con más seguridad, un ensayo interpretativo sobre Freud y Lacan, que estudiaba con la intención de integrar a su terapia psicoanalítica que lo había dejado sin habla.

No me saludó más que con un gesto de la cabeza.

Cuando lo conocí no paraba de hablar. Entre nosotros no parábamos de hablar de libros.

La pregunta que surge, y que todas las indicaciones de Freud nos han anticipado, es: ¿qué despierta a quien duerme? ¿No podemos encontrar eso, acaso, en el sueño mismo, en esa otra realidad, la realidad que Freud nos describe, la realidad de que el hijo se acerca a la cama, toca el brazo del adulto y le reprocha en un susurro: padre, ¿no ves que me estoy quemando?

La primera vez que lo vi fue frente a un micrófono, diciendo a todo el colegio que era una mierda. Fue el único alumno que ejerció, por allá por el año 90 o 91, su derecho a usar el palco abierto en una asamblea general, una misteriosa idea de las autoridades de esa institución para darnos alguna libertad a quienes nunca la habíamos experimentado. Pero esa sociedad de paredes de piedra, que encerraban nuestros campos de juego, de estudio y de seducción, no nos lo permitía, con el terror de que las horas de letargo, sadismo y miedo terminaran por romper los nervios formados en el realismo militarista de la derecha chilena.

Lo había visto, no hace mucho, en una cafetería similar, en otro centro comercial, tomando un café blanco y extremadamente dulce, con dos libros colgando del sobaco. Antes de eso lo había visto en mi pieza con cara de dolor o placer, nunca supe.

Como siempre que nos encontrábamos, hablamos de literatura. Esa mañana hablé yo más que él, hasta que se excusó y salió del baño tras una estela de marihuana. Las personas que atendían el café no se inmutaron, acostumbradas a su presencia.

A pesar de todas estas visitas fantasmagóricas durante el sueño, él se despierta con una mente más bien clara y decidida.

Conservo la imagen de él entrando al lago sobre piedras puntudas y a pie pelado, traje de baño azul o negro, el pelo largo y un pañuelo del mismo color que se caía al suelo y usaba como Axel Rose cuando ya no lo escuchábamos a él ni a sus chaquetas de cuero sin polera. La misma flacura, la misma feminidad. De puro joven que era yo, confundí aquella pose con rigor. Cuando lo vi sentado quince años después en una butaca de un lugar tan ordinario, su pelo corto, subrayando los libros de psicoanálisis, como si el solo acto de leer pudiera construir un mundo que había perdido en cada paso de hora, vi la fragilidad. Me desconocí a mí misma. A pesar de eso le hablé como antes. Yo seguía buscando al joven que se sentó frente a mí y a mi mamá, completamente drogado, a confesar que me amaba. Mi piel en ese entonces estaba bronceada por el sol de una playa, donde el hermano de mi amiga me había desnudado y dado besos en las tetas mientras su hermano menor

alertaba a la casa entera. Yo solo reconocí el deseo. Al día siguiente sus palabras lo habían abandonado.

Años después, en un similar episodio psicotrópico, él y sus amigos dejaron a mi hermano sin billetera, teléfono, llaves ni chaqueta en un bar a kilómetros de su casa. Nadie sabía dónde estaba hasta el mediodía siguiente, cuando llegó caminando blanco y con ojeras. Mi madre culpó al fantasma que tantas veces había estado tomando whisky en nuestra casa. Aun así, ella acompañó a mi hermano cuando supimos que su mejor amigo había muerto en circunstancias extremas.

El despertar, en la lectura que Lacan hace del sueño en Die Traumdeutung, es en sí mismo el lugar del trauma, el trauma de la necesidad y la imposibilidad de responder a la muerte del otro. Despertar no es otra cosa que despertar para volver a vivir cómo fracasamos en el intento de ver a tiempo.

No mucho tiempo antes de su fin habían arrestado a quien fuera su psicoanalista, también experto en artes marciales, por tajarle la guata a un joven en las puertas de una fiesta donde el psicoanalista era guardia de seguridad. Cómo llegó eso a suceder, lo vimos solo en fragmentos: en la televisión observamos un cuerpo deformado por el exceso de ejercicio y de comida, su pelo cortado al ras. Años antes el psicoanalista había comenzado un grupo de estudio en su casa sobre el

trabajo de Lacan. Había sido despedido de la universidad y de la Sociedad Psicoanalítica en algunas extrañas circunstancias que mi hermano narraba a carcajadas y el fantasma matizaba con pretextos. La casa donde el psicoanalista lacaniano impartía su grupo de estudio, comprobé yo un par de meses que atendí, era una promesa que se iba apagando. Había tenido una esposa que ya no estaba. Sus hijas pequeñas repartían sus horas entre el bus escolar y un silencioso segundo piso. A veces en la casa del psicoanalista se cortaba la luz. Otras, nos abría la puerta una empleada que nos traía vasos de agua y que ya no estaba la semana siguiente. La casa, emplazada sobre un cerro a kilómetros de la micro que tomábamos, estaba en un barrio en vías de formación que nunca había terminado de surgir. Las baldosas rojas manchaban nuestros zapatos y nuestras pisadas dejaban marcas en el concreto a la salida de la casa. Una semana en particular apareció un cachorro. Al acariciarle la cabeza me di cuenta de que tenía las orejas recientemente mutiladas, las costras en mis manos. Nunca más lo vi, al parecer se volvió peligroso. El living donde nos reuníamos no tenía nada de particular: muros oscuros, sillones más o menos nuevos, una o dos plantas y pinturas de trazo glacial. Un día las paredes estaban peladas y solo quedaban los rectángulos vacíos en la pintura rojiza, marcando los espacios donde antes hubo algo. Cuando

decidí irme, le escribí al psicoanalista una carta manuscrita. Él mandó a decir con mi hermano que lo visitara, según una intención de la que nunca quise saber más. Pronto mi hermano dejó de ir al grupo de estudio. Algún tiempo después, mientras continuaba su terapia, el fantasma dejó de hablar.

Es un hecho conocido por todos que llamar a una persona por su nombre es el mejor método del despertar cuando se está durmiendo, o de despertar a un sonámbulo.

Me solía contar mi hermano por teléfono que ahora el fantasma vivía en la casa de una amiga suya. Habían sido compañeros en la universidad donde estudiaron psicología, pero ninguno de ellos se había titulado. Ella heredó dos casas contiguas y una fortuna después de la muerte de su padre; al mismo tiempo, él había descubierto en su terapia que ser adoptado lo sumía en un constante estado de desamparo. Él era extremadamente flaco; ella sufría de obesidad. La casa donde vivía esta heredera –me invitaron una vez– tenía unas cortinas gruesas llenas de polvo, llenos de polvo también los muebles antiguos tapizados de terciopelo, cuyas patas se hundían en una alfombra café y gruesa. Parecía un subterráneo abandonado.

El fantasma de ser enterrado vivo provoca la inquietante extrañeza, acompañada de una cierta concupiscencia, a saber la fantasía de vivir en el seno materno.

El novio de la dueña de la casa era exactamente igual a los dos o tres amigos que lo acompañaban. Usaban jeans negros, camisas oscuras con caras satánicas dibujadas en blanco y zapatillas del mismo negro. Tomaban piscola. Ninguno estudiaba ni trabajaba, pero tenían objetos lujosos sobre sus brazos y en sus bolsillos. La casa tenía varios pisos y un subterráneo con pequeñas habitaciones de concreto sin ventanas ni revestimiento. Eran solo bloques de concreto habitado por algunos pocos muebles. Unos meses más tarde, las habitaciones estaban ocupadas por dos compañeros de universidad de la dueña de casa, uno de ellos esquizofrénico, el otro con una constante sensación de desamparo. En la pieza del fantasma, me imagino, habría libros también.

El análisis podrá iluminar este afecto, pero lejos de perseguir con obstinación disolverlo, debería pasar la baza a la estética (algunos dirán también a la filosofía) para saturar en ella la trayectoria fantasmática y asegurar el eterno retorno catártico, por ejemplo, en los lectores de historias inquietantes.

Mi hermano me relató en concisas palabras, su voz más baja que de costumbre, que el fantasma había muerto por falta de aire.

Cuando aún todos éramos jóvenes y vivíamos protegidos en las casas de nuestros padres, el fantasma solía mantener en su velador un cenicero, una pipa, una o

dos cajetillas de cigarro, tabaco, marihuana, papelillos, un encendedor, una vela, varillas de incienso y un incensero. Según mi hermano, a pesar de los escáneres a sus pulmones nunca había abandonado esa costumbre.

Lo encontraron en el suelo, la vela consumida, un colchón a medio quemar, un golpe en la cabeza.

NOTA

En este cuento hay citas, marcadas en cursiva, a escritos de Sigmund Freud, Jacques Lacan, Julia Kristeva y Cathy Caruth.



SANGRÍA

PUBLICACIONES EN CHILE

Narrativas contemporáneas

1. *El arca (bestiario y ficciones de treinta y un narradores hispanoamericanos)*, compilación de Cecilia Eudave y Salvador Luis
 2. *Los perplejos*, Cynthia Rimsky [fuera de circulación]
 3. *Segundos*, Mónica Ríos
 4. *Caracteres blancos*, Carlos Labbé
 5. *Carne y jacintos*, Antonio Gil
 6. *La risa del payaso*, Luis Valenzuela Prado
 7. *El hacedor de camas*, Alejandra Moffat
 8. *Oceana*, Maori Pérez
 9. *Retrato del diablo*, Antonio Gil
 10. *Niños extremistas*, Gonzalo Ortiz Peña
 11. *Apache*, Antonio Gil
 12. *La misma nota, forever*, Iván Monalisa Ojeda
 13. *Alias el Rucio*, Mónica Ríos
 14. *La parvú*, Carlos Labbé
 15. *Misa de batalla*, Antonio Gil
- EN PREPARACIÓN
15. *Nache*, Felipe Becerra

Intervenciones

1. *Cuál es nuestro idioma*, varios autores
2. *Descampado. Sobre las contiendas universitarias*, Raúl Rodríguez Freire y Andrés Maximiliano Tello, editores
3. *Constitución Política Chilena de 1973*, propuesta del gobierno de la Unidad Popular

Monumentos frágiles

1. *La Cañadilla de Santiago. Su historia y tradiciones. 1541–1887*, Justo Abel Rosales.
Edición de Ariadna Biotti, Bernardita Eltit y Javiera Ruiz

Reserva de narrativa chilena

1. *El rincón de los niños*, Cristián Huneus
 2. *Carta a Roque Dalton*, Isidora Aguirre
 3. *La sombra del humo en el espejo*, Augusto d'Halmar
 4. *Tres pasos en la oscuridad*, Antonio Gil
 5. *El verano del ganadero*, Cristián Huneus
 6. *Poste restante*, Cynthia Rimsky [fuera de circulación]
 7. *Una escalera contra la pared*, Cristián Huneus
 8. *Trilogía normalista*, Carlos Sepúlveda Leyton
 9. *Bagual*, Felipe Becerra
- EN PREPARACIÓN
10. *Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas*, Jorge Millas
 11. *Antología colectiva*, Guadalupe Santa Cruz
 12. *Las playas del otro mundo*, Antonio Gil
 13. *Autobiografía por encargo*, Cristián Huneus
 14. *Libro de plumas*, Carlos Labbé

Instantánea relación

1. *Manon y los conejos hacedores de papel*, Felipe Becerra
 2. *Cabo frío*, Antonio Gil
 3. *Lolita again*, Iván Monalisa Ojeda
 4. *El fantasma*, Mónica Ríos
- EN PREPARACIÓN
5. *La*, Andrés Kalawski
 6. *Cortas las siete pesadillas con alebrijes*, Carlos Labbé
 7. *Peluche lunar*, Maori Pérez

Texto en acción

1. *El cielo, la tierra y la lluvia*, José Luis Torres Leiva
2. *Johnny Deep (Juanito Profundo) y la vagina de Laura Ingalls*, Alejandro Moreno Jashés

3. *Chile, logo y maquinaria*, Andrés Kalawski
4. *La amante fascista*, Alejandro Moreno Jashés
5. *Berlín no es tuyo*, Alejandro Moreno Jashés
6. *Loros negros*, Alejandro Moreno Jashés
7. *Chueca / Partir y renunciar*, Amelia Bande
8. *Art Cards / Fichas de arte*, Gordon Matta-Clark
9. *Los clásicos*, Andrés Kalawski
10. *Gastos de representación*, Alejandro Moreno Jashés
- EN PREPARACIÓN
11. *Cancioneros populares chilenos del siglo XIX*,
Edición de Ana María Ledezma
11. *Dos guiones*, Diamela Eltit

Ensayo

1. *Las novelas de la oligarquía chilena*, Grínor Rojo
2. *El arte agotado*, Sergio Rojas
3. *Catástrofe y trascendencia en la narrativa de Diamela Eltit*, Sergio Rojas
4. *Lo que vibra por las superficies*, Guadalupe Santa Cruz
5. *Las novelas de aprendizaje chilenas*, Grínor Rojo
- EN PREPARACIÓN
6. *Saer, Bolaño y el horror como forma*, Carlos Walker
7. *Singulares misericordias: monjas y beatas escritoras*,
Paulina Soto Riveros

UNITED STATES PUBLICATIONS

Legibilities

1. *Art Cards / Fichas de arte*, Gordon Matta-Clark
2. *Never, Ever Ever, Coming Down*, Iván Monalisa Ojeda
3. *The Book of the Letter A*, Ángel Lozada
4. *They Have Fired Her Again*, Claudia Hernández

Radicalities

1. *Not in Our Name. Against the US Aid to the Massacre in Gaza /
Contra la ayuda de los Estados Unidos a la masacre de Gaza*,
various authors

